

Temas Generales

ANSIA DE VUELO

Por LUIS SAENZ DE PAZOS

Las alas representan el medio práctico de sustraerse a la ley de la gravedad y ofrecen la posibilidad de evadirse de la Tierra—elemento impuro y limitado—y llegar al éter—reino de la pureza infinita—. Con arrebatado incontenible y júbilo irreflexivo, el hombre se abandonó a la embriaguez del vuelo.

¡Cuántas veces, al echaros a descansar después de un día de pesado trabajo, habéis cerrado los ojos e, inconscientemente, os habéis puesto a soñar! ¡Soñar! ¿Quién no ha soñado, ya dormido o despierto, alguna vez?

Creo que todos, grandes o pequeños, hemos cerrado los ojos para soñar. No me refiero yo a ese sueño pesado, a ese sueño que proviene de un cansancio que nos hace caer deseando un reposo que nos ha sido negado durante muchas horas, no. El sueño a que me refiero es el que, ya inconsciente o intencionadamente, tenemos cuando echamos a volar la imaginación dulcemente recostados. ¿Quién no ha soñado en esta forma! ¿Quién no ha soñado *volar* por los aires!

Creo que todos. Todos hemos imaginado un vuelo más o menos fantástico.

Lanzados al elemento éter por la imaginación y sostenidos en él por unas fuerzas imaginarias, hemos volado, hemos recorrido grandes distancias, visitado lejanos países, visto innumerables y variadísimos paisajes y lo tan corriente, sido protagonistas de extrañas aventuras nada verosímiles.

Otras veces el sueño, por muy diversas causas, ha girado hacia una pesadilla y, a menudo, este sueño morboso terminaba despertándonos sobresaltados, pues parecía que nuestro cuerpo caía desde una inmensa altura a una sima negra, infinita, insondable, cuyo fin no se adivinaba nunca...

Estos sueños, como digo, los hemos tenido todos, absolutamente todos.



← El rapto de Ganimedes.

Desde los más remotos orígenes del mundo encontramos la *idea del vuelo*.

El Hombre, al existir, tiene conciencia de que es el animal superior de la Creación, y como tal *piensa*. La *inteligencia*, don que le dió Dios, le incita, le impulsa a dominar a los demás animales. El es racional, los otros irracionales; esto le da una ventaja que sabe aprovechar para combatir, ya que en la mayoría de los casos no puede por la fuerza, con la inteligencia.

Lucha contra los más feroces y hace siervos suyos a los más débiles. Cuando sus fuerzas, a pesar de su inteligencia, son impotentes para vencer, trabaja con la imaginación y con el pensamiento. Sueña. ¡Ah si él tuviese alas como el cóndor! ¡Si pudiese volar! ¡Entonces sí que dominaría con efectividad!

Pero ya desde los primeros momentos de la vida el hombre no comprende el *milagro del vuelo* y se queda atónito ante él. Sueña con esa idea, y cómo no la puede realizar materialmente, lo cual sería su gran deseo, lo hace con el pensamiento; con él *vuela*. Sin él queda atado irremisiblemente a la Tierra.

Por eso, ante ese *misterio del vuelo*, se encuentra sobrecogido, temeroso, y sólo lo cree posible en los seres sobrenaturales. De aquí que muchas leyendas, religiones, tradiciones o mitos tengan innumerables pasajes en relación con ese desconocido e ignorado *arte del vuelo*. En todas ellas aparece siempre algún vestigio de seres alados. Era natural que donde la ciencia no había todavía llegado, obrase, en su lugar, la imaginación. Por eso, en todas esas leyendas, tradiciones, religiones o mitos inventadas por los antiguos en honor de sus divinidades o héroes de sus fantásticas creencias, se encuentra un temblor de alas.

Cuando hablamos de Dios, inconscientemente alzamos los ojos hacia arriba, hacia el firmamento infinito, pareciéndonos que El ha de estar allá, muy alto, tan alto que deseamos tener alas capaces de elevarnos hasta El. Hemos asociado esta idea con las alas. Si muere una persona, "... voló a la eternidad...", se dice. La muerte misma no es otra cosa que un vuelo infinito, un vuelo que nos acerca o aleja de Dios para siempre. Para unir lo terrenal con lo eterno, nuestra imaginación utiliza *alas*. No alas materiales—eso nunca podría ser—, alas espirituales. Unimos el concepto material con el espiritual por medio de *alas* y en un *vuelo*. Deseamos volar. Las alas son un vínculo de unión que perduran desde el origen de la vida hasta la actualidad.

Cuando Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso terrenal, el ángel que, con la espada en la mano, les indicaba el camino que tenían que seguir para ir a su destierro, nos lo representan los artistas con *alas*. ¿Por qué nos representan esos mismos artistas a los ángeles, querubines, serafines y demás seres celestiales con alas? Porque los sabemos dotados de gracias especiales, de dones particularísimos para su cometido, y, como espíritus que forman la Corte de Dios, los imaginamos *alados*, ya que, desde muy antiguo, el vuelo era considerado imposible para los seres materiales y sólo asequible a los seres extraordinarios, a los seres espirituales.

A veces, aun cuando no esté en juego un sistema de alas propio y verdadero, como tomado a préstamo de los volátiles, se adivina la existencia del mismo. El cielo es todo un hormigueo, una confusión de alas, y los artistas a los cuales se les encomienda celebrar el mirífico portento del vuelo, se enfrentan, rivalizando en capacidad. La poesía se potencia de un vigor de realización plástica capaz de dar evidencia de bajo relieve.

Los espacios celestes son transformados en campos de competición, y a las mujeres les suele corresponder frecuentemente la palma de la victoria.

Si nosotros penetramos en el Museo del Louvre, encontramos una obra que permaneció durante largos años prisionera de la tierra. Se descubrió en 1863. Colocada sobre una columna, como si estuviese en un pináculo para muy pocos elegidos accesible, esta representación de la Victoria, aun manca y acéfala, constituyó para la Historia del Arte una pieza de inestimable valor, que por todos se reconoció. Esta estatua, que representa la Victoria, como anteriormente hemos dicho, la vemos dotada de *alas*. La Victoria, sublime aspiración de los hombres, es alada. Parece ser que todo lo que representa algo *grande* o *hermoso* tiene que estar íntimamente ligado con las *alas* o con el *vuelo*.

Ya en las más remotas civilizaciones aparece la idea del vuelo. Una de las más antiguas es la China. Entre sus tradiciones milenarias encontramos la de Shuen, el cual logra evadirse de una prisión gracias a un par de alas ajustadas a sus brazos. Los libros de Shu-Ching y de Ohu-Shu la citan. Tiene esta leyenda

un asombroso parecido con la de Dédalo, que veremos más adelante.

Entre otras tradiciones notables merece destacarse la que consta en el libro llamado Shai-Hai-Ching (Libro de las Montañas y de los Mares), que data de una época remotísima (dícese que se escribió hace 20.000 años). Este libro nos aporta la descripción de los habitantes de un reino fabuloso, llamado Ki-Ke-Kuo, los cuales tienen un solo brazo y, en cambio, tres ojos, que viajan en *carros voladores*. Los dibujos referentes a esos carros, que son verdaderamente máquinas volantes, son muy interesantes. Consisten siempre, con ligeras variantes de forma, en una caja o góndola equipada con dos ruedas, que en sus bordes llevan una especie de palétas o aspas, y, además, unas pequeñas y rudimentarias alas. Algunos dibujantes, entre ellos el japonés Hokonskis, en "Maugwa", añaden al aparato volador una sombrilla destinada quizás (?) a servir de paracaídas. El nombre de estos carros voladores, Fei-Chü, ha sido conservado hasta la actualidad para designar con él toda clase de aparatos voladores.

De la China proviene la invención de la cometa, que usaron solamente como entretenimiento o juguete. Dícese que el general Han-Sin utilizó la cometa para medir la distancia que le separaba de una ciudad que quería sitiar; por esto pasó a ser considerado como el inventor de la cometa, pero es de suponer que utilizase un artificio ya conocido.

Los dragones alados aparecen en la China desde una época muy remota. No cabe duda que ese antiquísimo pueblo poseía una *esencia del mecanismo del vuelo*, y esto se ve claramente reflejado en sus tradiciones y leyendas.

También en el misterioso Japón, vecino eterno de la China milenaria, encontramos la leyenda de Kaguya Himé ("La señorita Brillante"), la cual es desterrada de la Luna a la Tierra por una falta cometida. Cuando, ya perdonada, de su país vienen a buscarla para volver a su Patria, "... jinetes celestiales vestidos de luz arrastran un carro...", en el que sube ella, perdiéndose éste entre las nubes en dirección al fantástico e ignorado reino de la Luna.

Si nos trasladamos a la Persia encontramos también, en el libro de Cha-Maméb, la historia del rey Ke Kaous. Este imaginario rey efectúa una ascensión en una especie de palanquín arrastrado por cuatro cigüeñas amaestradas. El sistema de locomoción aérea utilizado por este rey se encuentra en muchas otras leyendas.

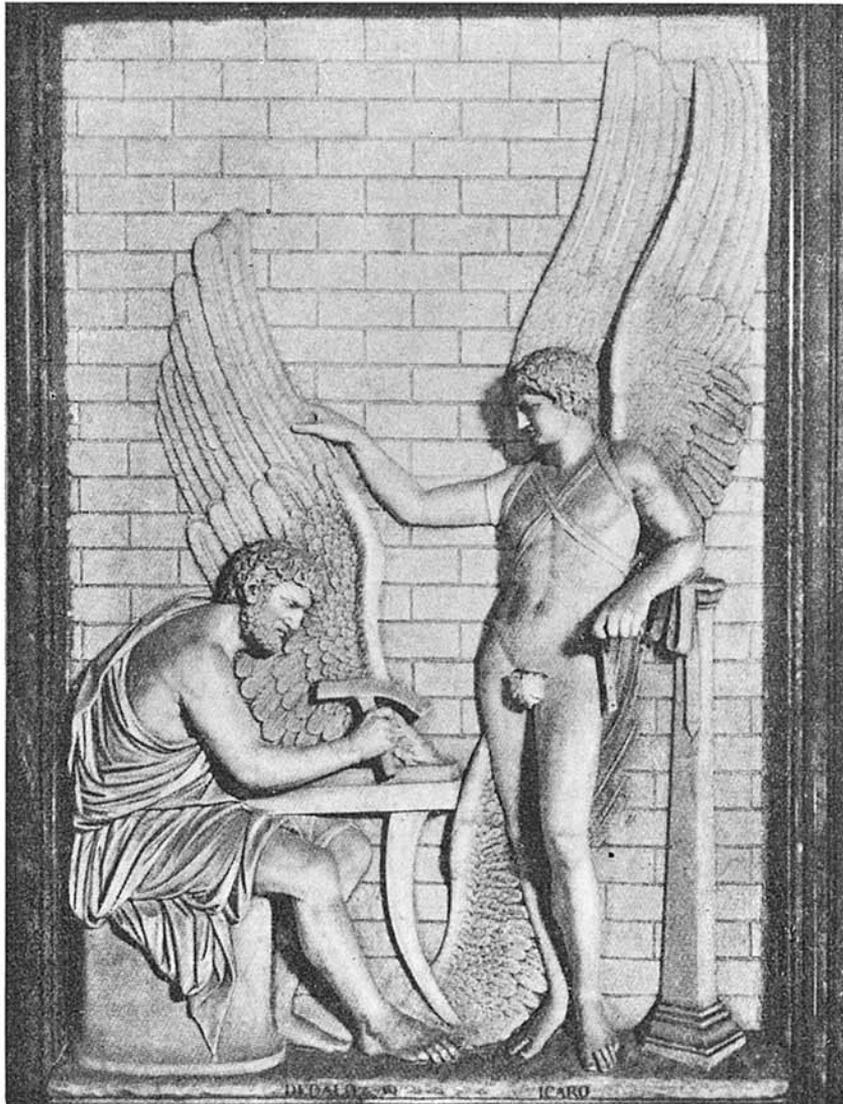
La idea de imitar a los pájaros es la primera que tiene el hombre para intentar el vuelo. En toda la extensión del Océano Pacífico, y entre los indígenas, existen multitud de mitos y leyendas que hacen referencia a un vuelo o vuelos. En la isla de Pascua, en la que se han encontrado enigmáticos restos arqueológicos, existe un lugar llamado Orongo, situado en el borde de un cráter y al sudeste de la isla. Allí era celebrado todos los años el concurso del *hombre-pájaro*. Los concursantes enviaban un criado a un islote situado enfrente del volcán con el fin de que se apoderasen del

primer huevo que pusiese aquél año la golondrina de mar. Convertido en hombre-pájaro, en "tangata manu", el vencedor se retiraba a un departamento especial. Pueden verse en dicha isla numerosas figuras de hombres-pájaros grabadas en las rocas por los peregrinos que iban a Orongo para asistir a la proclamación del "tangata manu".

Entre los indígenas de Nueva Guinea, entre los Marind, se encuentra la famosa leyenda de ciertos hom-

Entre los papúes se encuentra una leyenda que indica un procedimiento para poder convertirse en pájaro, y éste consiste simplemente en pegarse plumas sobre los hombros y brazos para formar unas rudimentarias alas.

En otro cuento de los mismos indígenas se cita el caso de una muchacha que "... toma una pluma de ave del Paraíso, y al succionarla se transforma en un ave análoga a la propietaria de aquélla. Las gentes inten-



Dédalo construye sus alas delante de Icaro.

bres-magos que lograron hallar un procedimiento para volar. Para lograrlo principiaban por ayunar, para al disminuir de peso volverse más ligeros. Más tarde absorbían las grasas de un pájaro y se encerraban en una choza construída en un claro del bosque con hojas de palmera, y allí dentro forraban sus brazos con plumas de garza. Sin salir de la choza la prendían fuego y eran lanzados al aire por las llamas y el humo, y según sus relatos, "... podían volar libremente..."

tan cazarla; pero ella huye muy lejos, volando y lanzando al mismo tiempo el grito característico de las aves de Paraíso. Pórase después en la copa de un árbol y retira la pluma de su boca. En el acto recobra su primitiva forma, y dirigiéndose a todos, que contemplan asombrados la metamorfosis, les dice: "Dejadnos tranquilos; mi hermano y yo no somos seres humanos." Dicho esto volvió a transformarse en pájaro y echó a volar, desapareciendo..

En esta leyenda vemos que el *poder del vuelo* lo consideran, a través del mito, como un poder misterioso y propio más bien de seres divinos que de humanos.

En otro cuento de la misma procedencia se encuentra un personaje que vuela desde la isla Kiwai a otra, convirtiéndose en tucán después de haberse tragado una pluma de un pájaro de la antedicha especie.

El culto al hombre que vuela está extraordinariamente extendido entre los indígenas de las islas del Océano Pacífico. Entre éstos, y aun en la actualidad, existe una gran *veneración al vuelo*. Sus magos o hechiceros recúbranse de plumas o disfrazan de pájaros, a los que imitan en sus gritos y movimientos. Las leyendas son innumerables.

En el antiguo Siam, hoy Tailandia, se encuentran referencias a los llamados Kohmos, que quiere decir

jaro, "... sube al cielo para visitar a la Lluvia y hacerla venir sobre la Tierra..."

En Africa, más concretamente en el norte de Abisinia, se cuenta que un gran sabio y poeta llamado Tawami fué elevado al cielo por mujeres invisibles que le enseñaron la Poesía y la Medicina. Se transformó en gallo y logró evadirse, volviendo a su país; pero la hechicera que lo instruyó se transformó en ave de presa y nuevamente se lo llevó. Se escapó múltiples veces, adoptando diferentes formas, hasta que fué transformado en ave de presa. Dicese que se trasladaba a Gondar, para realizar oficios divinos, y volvía a Godjam en una sola mañana *volando* por los aires, y que por ese mismo procedimiento asistía a los banquetes que el Emperador Batrafa ofrecía en su palacio de Gondar.

Vemos que la imaginación, ante la imposibilidad



Dédalo e Icaro preparándose para el vuelo.

"linternas volantes", y parece ser fueron una especie de aerostatos.

Todos conocemos el famoso libro de "Las mil y una noches", gran compendio de leyendas y cuentos orientales variadísimos y muy curiosos. Entre aquéllos aparecen referencias a la alfombra voladora y al baúl, también volador. La primera es muy citada en otros muchos cuentos orientales.

Como vemos, la idea de *vuelo* también aquí aparece.

Entre los indígenas de América del Sur hay una creencia. Un mago se puede transformar en pájaro blanco, "yoro", tomando grano de "sébil", árbol de corteza granulosa. Este grano, tostado y molido por medio de un primitivo mortero, es expuesto al aire durante algún tiempo. Tomado este polvo por el mago, cae en un estado de trance. Adquirida la forma de pá-

material de volar, sigue trabajando. Cuando el hombre no puede remontarse en el elemento aire, lanza su imaginación, y ¡ésta sí que vuela! ¡Vaya qué si vuela! Inconscientemente volvemos al sueño, a ese sueño imaginativo que nos atrae irresistiblemente.

Seguimos encontrando referencias aladas. La Aurora, rubia diosa, se encuentra representada en el friso a relieve del altar de Júpiter de Pérgamo, alada. El friso está en ruina y el ala rota. El sentimiento se concentra en ese trozo de ala rota, como si hubiera sido un vuelo despedazado, roto, quebrado.

Sobre el frontón oriental del Paternón encontramos a Helios sobre su carro resplandeciente, que, arrastrado por sus fogosos corceles, tenía la misión de recorrer el cielo.

El rapto de Ganimedes por parte de Júpiter, trans-

formado en águila, ha servido de inspiración para un magnífico grupo estatuario (IV siglo antes de J. C.). El águila, que tiene las alas desplegadas, sujeta al joven entre sus garras; está para lanzarse al vuelo en el espacio. Parece ser que Ganimedes debía de tener una expresión de dolor, o por lo menos, de miedo; pero no es así. Está calmado y sereno; él ya no es más de esta tierra y el dolor no tiene presa sobre él. Suspendido en el espacio es atraído por la luz que se vuelca de las sublimes esferas, hacia las cuales es elevado.

Llegamos a Dédalo. Esta famosa leyenda europea tiene dos versiones:

Una de ellas contiene la fábula de amor que concibiera Posíafe, esposa del rey Minos, por un toro, pasión que fué a modo de castigo impuesto por Venus porque Posíafe no ofrecía sacrificios a esta diosa, aunque, según Apolodoro, fué Poseidón (Neptuno) el inspirador de esta pasión, con el fin de castigar a Minos por no haberle querido sacrificar un magnífico ejemplar de toro. La reina, para satisfacer sus morbosos deseos, recurrió a la industria de Dédalo, famoso escultor y arquitecto que, por orden del rey Minos, había construido el Laberinto.

Dédalo, para complacerla, construyó un bécerro de madera, hueco por dentro, cubriéndolo después con la piel de una verdadera vaca, sirviendo esto a Posíafe como medio de entregarse al toro. De esta monstruosa unión nació el Minotauro. Entérase Minos de su deshonra y encierra a Dédalo, juntamente con su hijo Icaro, en una prisión, de la que fueron más tarde libertados por Posíafe.

El gran ingenio de Dédalo halla la forma de huir de Crèta, donde les amenaza la ira del rey Minos. Con plumas de aves y cera construye dos pares de alas para su hijo y para él, y adhiriéndoselas, también con cera, a sus brazos y hombros, logran escapar *volando*.

Dédalo advierte a su hijo que no debe remontarse mucho, ya que los rayos del sol a gran altura tendrían fuerza suficiente para fundir la cera. Icaro no hace caso, y mientras su padre, más prudente, consigue llegar *volando* a Camicos, en Sicilia, él, entusiasmado con el poder de sus alas, embriagado por el *poder del vuelo*, quiere llegar al Sol. Pero la cera se derritió, como le advirtió su prudente padre, y al desprenderse sus alas cayó al mar, mar que en su memoria llamóse Icariano.

Una segunda versión hace también referencia a la historia de Posíafe y el toro, pero supone que Dédalo quedó en Crèta. Teseo, rey de Atenas, fué a dicha isla para pagar el tributo anual de siete doncellas y siete mancebos que tenían que entregar los atenienses como expiación por la muerte de Androgeo y que eran encerrados en el Laberinto para que sirviesen de pasto al Minotauro. Deseoso Teseo de poner fin a tan bárbaro sacrificio, después de demostrar al rey que era hijo de Poseidón, enamoró a Ariadna, hija de Minos.

Dédalo ayuda a estos amores y entrega a Ariadna, para que ésta se lo diera a Teseo, un gran ovillo de oro, que permite al rey de Atenas recorrer el Laberinto sin perderse, matar al Minotauro (de una manera análoga a como mató al toro de Maratón) y volver

a salir. Enterado Minos de la hazaña de Teseo y de la colaboración que para ello le prestó Dédalo, encierra a éste y a su hijo Icaro en el Laberinto, del que logran huir por medio de las alas a que antes hemos hecho referencia, y que son la causa de la muerte del segundo.

Hay un bajo relieve de magnífica concepción artística que nos presenta a Dédalo construyendo sus alas delante de su hijo Icaro, que se encuentra impaciente ante el próximo y epopéyico acontecimiento, que termina más tarde en tragedia al caer este último, por indiferencia a los consejos paternos, en el mar Egeo.

Las leyendas son innumerables. Cada raza, cada pueblo, tienen muchas y muy diferentes entre sí. Cuando ya la leyenda y la Historia empiezan a confundirse, aparecen relatos que muchas veces no dejan de tener verosimilitud.

De Esopo podemos dar crédito a que había aguiluchos amaestrados que podían llevar por el aire niños pequeños.

Según relata otra antigua leyenda, Alejandro Magno hizo un fantástico vuelo sostenido por pájaros, a los cuales les iba mostrando un manjar que, colocado en la punta de una pértiga, no podían alcanzar.

Según otra, Nemrod, hijo de Cus, se hizo elevar en un fantástico carro arrastrado por cuatro águilas.

Los caballos voladores aparecen también en las leyendas y cuentos, siendo muy citados en multitud de ellas. El primero lo encontramos en la Mitología, y es Pégaso, nacido de la Medusa. En el "Rolando furioso" se habla del *viaje aéreo* que hizo el caballero Askolfo desde Inglaterra hasta las fuentes del Nilo sobre un hipogrifo, animal fabuloso que era mitad caballo y mitad águila.

En la leyenda de Siddi Kür se nos habla de caballos mecánicos voladores.

Más recientemente, el Príncipe de los Ingenios, nuestro gran Miguel de Cervantes Saavedra, en su inmortal obra "Don Quijote de la Mancha", monta a éste sobre "Clavileño", caballo volador imaginario, y le hace creer en un vuelo verdadero cuando sólo es su imaginación calenturienta la que imagina un deslizamiento por los aires.

Arquitas de Tarènto, matemático del siglo III antes de Jesucristo, contemporáneo y amigo de Platón, hizo ciertamente, en el transcurso de su vida de científico, tentativas con máquinas volantes. También pasa por haber sido el inventor de la cometa, lo cual es bastante dudoso; pero sobre todo se tienen noticias de que construyó una paloma de madera "... que volaba por medio de un artificio mecánico...". "Se sostenía en el aire por medio de vibraciones y estaba quieta o agitada de acuerdo con el soplo de un aire encerrado...", nos narra Gelle en su "Mehes óticas".

Sobre esta misma paloma encontramos otra referencia de Favorinus en la que precisaba que "... Arquitas construyó una paloma de madera que volaba, pero que si caía no podía volver a remontarse más..."

Suetonio, escritor romano y secretario particular del

Emperador Adriano, habla de la *tentativa de vuelo* y de la caída mortal de un *hombre volador* que participó en las fiestas celebradas en Roma en el año 814 (60 de nuestra Era), en tiempos de Nerón, para celebrar la eternidad del Imperio romano.

En la época cristiana, el vuelo de Simón el Mago, también en Roma, parece acercarse más a una tentativa real.

¿Y quién no ha oído hablar de brujas? Todos conocemos esos cuentos, que de niños nos parecen ahora, pero que, tiempo atrás, dieron bastantes quebraderos de cabeza a nuestros antepasados. Las brujas montadas en sus escobas, y por medio de un unguento especial, de una pomada de propiedades mágicas, iban *volando* para reunirse en un sitio determinado el día

Ya en el Egipto de Cleopatra existía una divinidad alada llamada Isies o Néplis, cuya imagen, que se encuentra depositada en el Museo del Louvre, está provista de las alas. Pero sus alas, como antes decíamos, no simbolizan un vuelo a través del espacio, sino la protección maternal.

¿Qué prodigio no fué posible por serés alados? La Mitología nos presenta multitud de casos entre los cuales las *alas* ocupan un preponderante e importantísimo lugar. Si Eros, gracioso dios alado, no hubiera estado provisto de alas, sus flechas, ¿serían tan terribles? Si fuera áptero su poder, el poder del amor desaparecería por falta de esa facultad esencial para su cometido. ¿Cómo recorrer, si no, tanta distancia para ir a rendirse en los brazos de Psiquis? Toda la belleza de este



Caída mortal de Icaro.

que tenían aquellarre. Decíase que este vuelo era posible por la alianza que tenían con el Diablo, el cual les transmitía, por el procedimiento de la pomada (ayudada con palabras mágicas), el poder de trasladarse *por el aire*.

La paz, gran ansia de una Humanidad atormentada por el horror de las guerras, nos la representan también con *alas*. La paloma, con el ramo de oliva sujeto entre su pico, viene *volando* a ofrecernos lo que deseamos.

¿Por qué todo signo de paz ha de tener alas? Es como si fuese un signo protector bajo el cual los hombres se cobijan para librarse de una terrible amenaza. Las alas nos protegen y son como los brazos de una madre amante que rodea a sus hijos para que no les pueda ocurrir ningún mal.

acto está concentrada en el famoso grupo escultórico que nos presenta con incomparable arte Cánova.

No; *sin alas* no hubieran sido posible ni esta ni otras muchas gestas de dioses, semidioses y héroes, y bastantes diosas habrían perdido incluso el atractivo encanto que poseen.

Vemos, pues, repasando lo anteriormente expuesto, que en todos los tiempos, en todas las razas y en todos los lugares existió un ANSIA DE VUELO.

La veneración por las cosas del aire, por el vuelo en sí, ha despertado siempre el ansia de la Humanidad por poseer el *don de volar*. Hemos visto que cuando el hombre no volaba *imaginaba volar*, QUERIA VOLAR, y no ha descansado hasta que ese ANSIA DE VUELO ha sido para él una verdadera y tangible REALIDAD.

Este ANSIA es, pues, innata en la Humanidad; en todas las épocas se ha manifestado como una obsesión al vuelo.

¡El hombre ha logrado vencer la Ley de la Gravedad! ¡EL HOMBRE VUELA! ¡Cuántas ilusiones y ansias encierran estas palabras!

¡Ya nos podemos desprender de la Tierra y sentirnos aves! ¡YA PODEMOS VOLAR! ¡Esè sueño humano ya es *realidad*! Y cuando el hombre se remonta en los espacios, se encuéntra a sí mismo dominador.

¡Ya lo consiguió! ¡Aquello que se le resistía ya es suyo! ¡Lo domina! ¡Qué mayor dicha para su afán!

Pero cuando ya el hombre logra volar, se ofusca. Cuando el hombre domina el Aire quiere destruír la Tierra. ¡No! ¡Esas alas que consiguió para calmar su ANSIA DE VUELO no deben ser utilizadas para la destrucción!

¡Que no nos suceda lo que a Icaro! ¡Que conservemos puro el deseo de volar para que nunca, ¡nunca!, la caída vertical, convertida en destrucción y muerte, dé al traste con nuestra gran ANSIA DE VUELO.



La Victoria, de Peonio.